

¿Mundialización económica? ¿Nuevo imperialismo? Ensayo en torno a dos libros recientes

OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO

¿Existe en verdad la mundialización de la economía?

Durante varios años una gran cantidad de autores dieron por hecho que la mundialización de la economía era una realidad. En mayo del año pasado, sin embargo, fueron publicados dos libros, uno en Inglaterra y otro en Francia, que cuestionan seriamente la validez del concepto mundialización. Dicho cuestionamiento, como sus autores sugieren, no es un ejercicio académico sino que tiene que ver con estrategias de oposición al modelo, con la lucha por la humanidad y por la preservación del planeta para todos sus habitantes y no sólo unos cuantos. Estos libros son *Globalization in Question*¹ de Paul Hirst y Grahame Thompson, y *Misère du capital, Une critique de néolibéralisme*² de Michel Husson.

Para Hirst y Thompson la mundialización (que ellos llaman globalización) es más que todo un mito. Y dicen que hay precedentes de la alta internacionalización económica del presente, que en ciertos aspectos es menos abierta e integrada que durante 1870 a 1914. Añaden que las compañías genuinamente transnacionales son relativamente raras ya que la mayoría son de base nacional y de relaciones comerciales multinacionales.. La movilidad de capital, que sería otra característica de la globalización, no ha producido una transferencia masiva de inversiones y • de empleo de los países avanzados a los subdesarrollados, sino más bien la inversión extranjera directa está altamente concentrada entre las economías industriales avanzadas, y el Tercer Mundo permanece marginado tanto de las inversiones como del comercio, considerando por separado a la pequeña minoría de nuevos países industrializados. Por lo tanto, la economía mundial está lejos de ser genuinamente global, ya que el comercio, las inversiones y los flujos financieros están concentrados en la tríada Europa, Japón y Estados Unidos, permitiendo que estos países tengan la capacidad, especialmente si ellos coordinan sus políticas, de ejercer fuertes presiones de gobierno sobre los mercados financieros y otras tendencias económicas.³

Para Husson la mundialización tiene también límites muy serios que permiten cuestionarla como tal. Acepta que existe la formación de un mercado mundial unificado, que está conformándose progresivamente, en una yuxtaposición de mercados nacionales, como un mercado global que tiende a devenir el horizonte estratégico natural de las grandes firmas, ampliado entre otras razones por el hundimiento de lo que él llama sociedades burocráticas del Este. Sin embargo, añade, se cometería un error fundamental al presentar este movimiento de mundialización como una simple búsqueda de aperturas necesarias a la salida de productos excedentes o como el desplazamiento de una división internacional del trabajo fundado en la "deslocalización" de segmentos productivos de fuerte contenido de mano de obra. Y, en coincidencia con Hirst y Thompson, señala que la característica esencial del proceso actual de mundialización es el predominio de movimientos de inversión directa en los países del norte. La globalización es también, en gran parte, una globalización financiera gracias a la desreglamentación casi universal de los mercados de capitales y de las monedas.⁴

Políticamente, Husson, como también en parte Hirst y Thompson, destaca que las firmas multinacionales tienen una nueva autonomía en relación con los Estados, lo cual hace del fenómeno una situación nueva; esto es, "el dominio de intervención y los intereses económicos de los grandes grupos no coinciden más, necesariamente, con los de su Estado de origen, salvo en Japón, Alemania y Estados Unidos. Sin embargo, las más grandes firmas mundiales continúan apoyándose sobre una base nacional de origen, razón por la cual varios países europeos encuentran problemas de competencia y de acumulación interna en la dificultad de hacer surgir grandes grupos de capital. Pero no debe soslayarse que, en promedio, la implantación de las firmas multinacionales en el extranjero es todavía modesta: en 1990 representaba, respectivamente, 6, 17 y 20 por ciento de la producción de las firmas industriales japonesas, alemanas y estadounidenses, y aunque el flujo de inversiones directas al extranjero ha progresado mucho, en 1990 no representaba sino el 1.1 por ciento del producto bruto mundial. Y, añade Husson: la parte de la producción manufacturera controlada por firmas no pertenecientes al país donde aquélla se realiza alcanza hoy sólo el 15 por ciento, y aunque llegara al 20 por ciento en el año 2000 estaría muy lejos de expresar una extraterritorialidad como característica principal.⁵

La propuesta de un nuevo imperialismo

El nuevo imperialismo no se caracteriza porque las grandes empresas dominen la economía, pues ésta ha sido la característica del imperialismo desde que nació. Tampoco significa que las grandes empresas (transnacionales, multinacionales o como se les llame) utilicen el poder de los Estados de origen para defender o ampliar sus intereses en los países de destino de sus inversiones, pues ése ha sido el papel del Estado en los países capitalistas y particularmente en los desarrollados. El nuevo imperialismo, como es fácil desprender, tampoco se distingue porque los intereses de las grandes empresas, con o sin ayuda de sus Estados de origen, traten de influir en gobiernos de otros países mediante movimientos desestabilizadores, golpes de Estado e incluso intervenciones militares abiertas o disfrazadas, pues ha sido la constante, como bien lo sabemos en América Latina. No. El nuevo imperialismo tiene características suficientemente diferentes como para llamarlo nuevo, aunque todavía habría que estudiarlo más a fondo. En primer lugar, ha sido precedido de un modelo político de repercusiones económicas, sociales y culturales sin precedentes históricos por su alcance, aplicación y casi uniformidad (el neoliberalismo). En segundo inútiles a las empresas como productores, o consumidores pues el criterio no explícito, apuntado por Emmanuel hace muchos años, es que los recursos físicos no renovables no serían suficientes para garantizar siquiera el nivel de vida de los pueblos de los países desarrollados si otros países se desarrollaran. En cuarto lugar, al disolver la unidad constitutiva del Estado y de los capitales nacionales, en la lógica neoliberal de Estados reducidos, gobiernos fuertes (hacia adentro) y sociedades individualizadas por los efectos de la crisis y, por lo tanto, dominadas además por la destrucción de sus formas tradicionales de organización defensiva; al ocurrir todo esto en conjunto, se han desmantelado (o están en esta vía) los mecanismos nacionales (e institucionales, en un regreso de golpe al siglo XIX) de protección a la población mayoritaria (no sólo trabajadora) que está siendo víctima del proceso de mundialización relativa de la economía.

Otra característica distintiva del nuevo imperialismo es que el Tercer Mundo ha sido básicamente excluido de la llamada mundialización, salvo en un sentido: que haya mano de obra barata y calificada que garantice ciertos niveles de productividad. En otros términos, no basta que existan bajos salarios, pues estos no compensan los niveles de insuficiencia de productividad y de desarrollo tecnológico, sino que la producción pueda competir en calidad y precio en el mercado mundial. Para el nuevo imperialismo, por lo tanto, interesan del Tercer Mundo sólo las regiones, zonas o ciudades donde se pueda realizar el plusvalor más alto a niveles de calidad de exportación, ya que el mercado interno, creciente-mente debilitado, interesa muy poco a las empresas mundiales. De aquí que su lógica sea excluyente e impermeable a cualquier concepción de desarrollo integral de una región multinacional o de un país. Excepcionalmente, interesan también ciertas materias primas estratégicas, pero no para trasladarlas a los centros industriales, como ocurría antes, sino para ubicar junto a ellas las industrias necesarias para obtener de esas materias primas el valor agregado más alto posible (sacar de los países desarrolla-dos las industrias sucias en beneficio de su ecología). Las consecuencias de esta política ya comienzan a verse en la ecología, en los niveles de vida —más allá de los salarios— y en las condiciones de trabajo. La mundialización de la economía, conviene insistir, es excluyente de los países del sur, con algunas excepciones (los países más desarrollados de los subdesarrollos y los que conforman la división internacional de círculos concéntricos en la zona de influencia de Japón). México, a pesar de formar parte comercialmente del norte (con la firma del TLC), pertenece en este esquema al sur, como lo demuestra su sector rural crecientemente depauperado, la tendencia a la quiebra de las empresas pequeñas y medianas, su economía informal en aumento y sin freno, y las zonas indígenas.

En términos de Husson, "la noción de desarrollo desigual y combinado se aplica perfectamente al capitalismo contemporáneo. La dialéctica fraccionamiento/integración aparece en efecto como el movimiento principal de la economía mundial... Pero ha perdido su capacidad de extender a profundidad su lógica, y funciona como una enorme máquina de exclusión: más que asimilar a su lógica las capas sociales y las zonas geográficas, ejerce un aislamiento sistemático y rechaza todo lo que no tiene éxito para integrarse en su lógica". Por lo tanto, este fraccionamiento no es sólo geográfico, sino esencialmente social al acentuar la pobreza o empujar a la miseria a millones de seres humanos aumentando, más que nunca, la polarización social, económica y cultural de los países del sur. "Por primera vez en su historia, a no dudar, el capitalismo no puede poner al frente más que una legitimidad limitada; en este sentido, que la condición de su eficacia es que la mayoría de la humanidad no se beneficie."

~Y el Estado?

En 1971, cita Andreff,⁸ existía la opinión de que las funciones económicas del Estado terminarían por ser transferidas a las multinacionales. Y, desde luego, hubo críticas serias al planteamiento de esta posibilidad. Sin embargo, como ya he señalado arriba, con la excepción de Estados Unidos, Japón y Alemania, muchas de las funciones económicas de los Estados, si aceptamos que el Estado tiene funciones, han sido, ciertamente, transferidas si no a las multinacionales sí a la lógica de los intereses de los grandes grupos de empresas que constituyen lo que se ha denominado mundialización de la economía, o simplemente

eliminadas de las políticas públicas para facilitar los flujos de mercancías y de dinero, es decir, la adopción del modelo neoliberal como pauta de esas políticas públicas. La regulación a las inversiones extranjeras, el control de la moneda, la formación (o la promoción) del mercado interno, los salarios, la subsistencia en suma de una economía nacional y su posibilidad de desarrollo, son elementos que han sido subordinados a los intereses de las empresas que dominan la economía del mundo. En otras palabras, la empresa ha devenido la organización de gobierno de la economía mundial con el apoyo de los Estados nacionales y estos se han visto reducidos a garantizar que los grandes capitales no tengan obstáculos. La política, la perspectiva política de los países del Tercer Mundo, y de no pocos del Primer Mundo (formalmente hablando), depende en gran medida del proyecto económico y de los planes de las grandes potencias y, por lo mismo, de las grandes empresas que componen lo que ha sido llamado la mundialización de la economía, terminándose de golpe con el arcaico problema del desarrollo de la humanidad, el bienestar, la seguridad y esos asuntos que ahora se consideran como meras derivaciones de la Ilustración.

Petrella, dice Husson, "teoriza esta inversión de papeles. 'En el cuadro actual de la mundialización de la tecnología y de la economía, son los sujetos de vocación particular y portadores de intereses particulares los que «obtienen» y «orientan» la acción de los sujetos de vocación general, portadores del interés público' Se asiste entonces a una 'disociación creciente entre el apoden» económico mundializado y el «poden» político nacional'."9

En estas circunstancias, ¿cómo controlar el poder de las grandes empresas y cómo evitar que el proceso de mundialización, con su lógica excluyente, termine por dominar al mundo? ¿Qué hacer con quienes pierden no sólo el empleo sino la oportunidad de recuperarlo, de tener acceso a la salud, a la educación, a una vida digna y decorosa? ¿Qué hacer para mantener un cierto grado de democracia y a la vez la estabilidad política y social que necesitan las empresas para su desarrollo y reproducción en un mundo donde los inconformes y los desplazados aumentan en proporciones superiores a las posibilidades de absorción o de integración en, incluso, los países más desarrollados?

En el mundo de hoy los Estados controlan cada vez menos. La economía tiende a escapar crecientemente del control de los gobiernos nacionales. Algunos autores perciben a los Estados nacionales como autoridades locales del sistema mundial, como es el caso de Reich¹⁰ pues, se argumenta, no pueden más afectar los niveles de la actividad económica o el empleo en sus propios territorios, ya que estos son dictados por las necesidades del capital internacional. El papel de los Estados-nación es como el de las municipalidades: proveer la infraestructura y los bienes públicos que los hombres de negocios necesitan a los más bajos costos." El control sobre los medios de comunicación, sobre las comunicaciones vía satélite, sobre los flujos de capital, especialmente especulativo, e incluso sobre las inversiones productivas, se ha ido perdiendo nacionalmente. Lo único que no han perdido los Estados-nación, señalan Hirst y Thompson, es el control de sus fronteras, por lo menos formalmente (como bien se sabe en México, especialmente en el norte del país) y el control de su población —si exceptuamos a la élite de negocios o profesional y a los migrantes ilegales que huyen de las desesperantes condiciones en que viven en su propio país. Cada vez es más difícil para los trabajadores emigrar a otros países para conseguir trabajo, pues en los países desarrollados el desempleo no parece tener solución a corto plazo. Y en los países subdesarrollados son muy pocos, proporcionalmente, los que pueden, legal o

ilegalmente, salir de sus fronteras nacionales. Es más, el bienestar y el ingreso, por buenos, deficientes o malos que sean, siguen siendo, para la gran mayoría de la población, nacionales, a pesar de la mundialización de la economía en los límites que se quieran. De aquí que pueda afirmarse que los trabajadores, la población en general, serán lo último, si acaso, que pueda desnacionalizarse y lo único, al menos, que tendrán que seguir controlando los Estados nacionales por más dependientes que lleguen a ser de los grandes mercados y de la economía internacional. De aquí la idea de que los gobiernos deben ser fuertes hacia adentro, en el interior de cada país y, por lo tanto, crecientemente autoritarios, aunque hacia afuera, en relación con las grandes potencias, sean crecientemente dependientes y a veces sumisos, como bien se sabe en América Latina.

1 Paul Hirst y Grahame Thompson, *Globalization in Question (The International Economy and the Possibilities of Governance)*, Londres, Polity Press, 1966.

2 Michel Husson, *Muère du capital, Une critique du néolibéralisme*, París, Syros, 1996.

3 P. Hirst y G. Thompson, *op. cit.*, pp. 2-3.

4 M. Husson, *op. cit.*, pp. 95-97.

5 *Idem.*, p. 98.

6 *The Economist* (1/10/94) ha estimado que si el actual crecimiento de China continúa, para el año 2020 será la economía más grande del mundo, rebasando incluso a Estados Unidos. Sobre la economía china y el proceso de privatizaciones e incorporación al capitalismo, puede consultarse a Françoise Lemoine, *La nouvelle économie chinoise*, París, Editions La Découverte, 1994. Sobre las diferencias de crecimiento interno, por provincias, diferencias semejantes a las existentes entre Alemania y los países más pobres de Europa del Este, pero en un solo país, China, véase a Hirst y Thompson, *op. cit.*, pp. 106 y ss.

7 Husson, *op. cit.*, pp. 119-121.

8 Wladimir Andreff, *Les multinationales globales*, París, Editions la Découverte, 1996, p. 110.

9 R. Patella, "La mondialisation de la technologie et de l'économie", *Futuribles*, núm. 135, septiembre de 1989, en M. Husson, *op. cita*, p. 124.

10 R.B. Reich, *The Work of Nations*, New York, Vintage Books, 1992.

11 Hirst y Thompson, *op. cit.*, p. 176.

Profesor-investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y articulista de La jornada.